

participación en múltiples reuniones académicas —representando a México en una gran cantidad de organismos de cultura, de buena parte de los cuales ha sido miembro directivo; su membresía en dieciocho sociedades académicas, entre ellas la Academia Mexicana de la Historia, la Academia de la Lengua, correspondiente de la española y el Seminario de Cultura Mexicana—, y las varias distinciones académicas que se le han otorgado, entre ellas las Palmas Académicas de la República Francesa, el Premio Nacional de Filosofía e Historia en México, y el Premio Universidad Nacional de Docencia en Ciencias Sociales.

Su fecunda producción histórica se ha realizado en diversas instituciones de investigación, desde la Sección de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, cuyas labores coordinó, así como en el Archivo General de la Nación y, desde 1953, como investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. De igual manera, su labor se ha proyectado a través de los puestos que ha ocupado, como director del Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda (1951-1954), como subdirector del Archivo General de la Nación (1953), como director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y de la Biblioteca Nacional de México (1965-1978) y como director del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora (1981-1984).

Toda su obra, acuciosa y precisa, se funda en un sólido sistema de ideas, en una profunda vocación humanista, en una confianza en la justicia y vocación de libertad, todo lo cual conforma una auténtica conciencia histórica.

## Julio Torri

*Beatriz Espejo*

Julio Torri (1889-1970) nació en Saltillo, Coahuila. Allí cursó sus primeros estudios y a los quince años publicó su primer texto. Poco después vino a la ciudad de México para recibirse de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde entabló amistad con Alfonso Reyes y otros muchachos que formarían el Ateneo de la Juventud, dispuesto a propagar “ideas nobles y bellas”. Sus integrantes eran cosmopolitas y elitistas, se oponían a la generación precedente y se empeñaban en dejarnos una obra original. Intentaban revolucionar al país por medio de la cultura, ciertos de lograrlo preparándose concienzudamente. Ya entonces Torri se distinguía leyendo doscientas cincuenta



Julio Jiménez Rueda, Julio Torri y Eduardo García Máynez, entre otros, 1953.

páginas diarias, y su afán libresco de lector voraz lo llevó al aprendizaje de lenguas extranjeras. Escribía artículos, animaba las reuniones de su grupo con diálogos ingeniosos, poblados de anécdotas malévolas y aparentes contrasentidos. Por esas fechas llegaron hasta él sus influencias capitales: Aloysius Bertrand, Charles Lamb y Jules Renard, quienes lo ayudaron a reconocer sus propios límites y también sus posibilidades. Sometió cualquier texto al decantamiento, se fijó en el peso de las palabras, en adjetivos aplicados con intenciones irónicas, recurrió al ritmo interior de las oraciones, más a las alegorías que a las metáforas. Quiso perfeccionar el género de la prosa breve instalada en el “novísimo barco” y le sacó chispas a la sonrisa, filo a la síntesis, brillo a la paradoja ideal para la sugerencia que desemboca en el silencio, o sea en lo que no dice totalmente.

Una recopilación de prosas suyas aparecidas en publicaciones del tiempo conformó *Ensayos y poemas*, 1917. Apuntaban una temática novedosa. “Vieja estampa” y “Fantasías mexicanas” cimentaron la corriente colonialista. “La conquista de la luna”, antologada en múltiples ocasiones, inició en nuestro medio la ciencia ficción. “A Circe” demostraba las dotes proféticas del autor al anunciar desde temprano una soledad irremediable. “Era un país muy pobre” planteó una crisis nacional producida por lo prolífico de las producciones literarias.

Torri producía parcamente dedicado a diversos menesteres. Codirigió la Editorial Cultura, colaboró con José Vasconcelos dirigiendo también el Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública, célebre porque puso al alcance de las masas populares obras de grandes maestros. Terminó prólogos, traducciones, *Las noches florentinas*, de Enrique Heine, que por los tiempos de la Primera Guerra Mundial le valió ser acusado de germanófilo, y *Discursos sobre las pasiones del amor*, de Blas Pascal.

*De fusilamientos* salió en 1940 y *Tres libros* en 1964. Reunía las dos anteriores y compilaba una tercera colección de prosas, con el viejo método de echar mano a lo publicado. El resto de la obra se reduce a un breviario del Fondo de Cultura Económica, *La literatura española*, resultado de cincuenta años de experiencia docente en la Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras, notas bibliográficas, reseñas de artes plásticas llenas de finas observaciones, apuntes que dejó dispersos considerándolos indignos de figurar en un volumen, y amenos epistolarios con Alfonso Reyes, Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, que sus críticos han entregado a prensas.

Torri habló de lo que entendía bien o se ligaba a su índole entrañable: los problemas del héroe y del falso héroe, del desdeñoso y el estafador, del que acepta o contradice, del bibliófilo que sonríe encantado al abrir un diccionario y confirmar una presunción filológica, del don Juan saudoso. No se engañaba. Sabía que los clásicos acapararon

los grandes temas y nos dejaron las variaciones de poca monta. Exclamó: “¡Si fuéramos por ventura de la primera generación de hombres cuando florecían en toda su irresistible virginidad aun los lugares comunes más triviales!”, y suspirando vivió disconforme en el siglo xx.

## Salvador Toscano

*Beatriz de la Fuente*

La Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México sufrieron grave pérdida cuando, a los escasos treinta y seis años, falleció, el 26 de septiembre de 1949, en un accidente aéreo, el profesor e investigador Salvador Toscano.

Ingresó al Instituto como miembro fundador, debido a sus manifiestas inquietudes por conocer y explicar los hechos artísticos del universo prehispánico. De esta manera, se cubrió formalmente un área de estudio en la cual Toscano habría de participar como el más acreditado de los pioneros.

Señales del espíritu alerta del joven universitario fueron los cursos que impartió sobre filosofía de la historia a obreros y compañeros estudiantes, y el esmero que puso en la publicación de la revista *Barandal*, en la cual colaboró con ensayos y poemas.

Egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, su tesis profesional versó sobre *El derecho y la organización social de los aztecas*. Acercamiento a los principios jurídicos del último gran pueblo precolumbino, revela ya su interés primordial por penetrar las culturas indígenas, que a la postre iban a ser el asunto de su mayor dedicación.

Si por una parte se entregó a la investigación, por otra se dedicó con devoción a la enseñanza, de modo tal que a él se reconoce la creación del primer curso sobre arte prehispánico que se impartió en la Facultad de Filosofía y Letras; de éste fue titular hasta su fallecimiento. He de decir, con profunda satisfacción, que con el tiempo sería yo, en cierta medida, su sucesora afortunada; así, habría de ocupar los puestos que dejara vacíos: el de profesora en la Facultad y el de investigadora en el Instituto.

Sin embargo, Toscano no se limitó a temas de carácter precortesiano; de hecho en varios ensayos —de difusión y de corte académico— incursionó en otros aspectos del arte y de la cultura mexicana. De tal